

COMENZAMOS A DESCUBRIR EL VERDADERO
ROSTRO DE LAS MASCARAS DESNUDAS
Traducción esp. de Gabriela Roepke.

El Congreso internacional de estudios pirandellianos, promovido el año pasado con ocasión del veinticincoavo aniversario de la muerte del escritor y efectuado en la Fundación Cini terminó sus labores la misma noche en que el Piccolo Teatro de Milán presentaba el "Enrico IV" dirigido por Orazio Costa como último espectáculo del festival internacional de teatro organizado por la Bienal.

Aún cuando es pronto para sacar conclusiones de un congreso tan lleno de trabajo efectuado separadamente en comisiones durante cuatro días, y solamente se podrá apreciar un panorama imparcial cuando

songli". Del mismo modo, cuando apareció "Enrico IV", hace cerca ya de cuarenta años, no pocos observaron que en los tres actos, el protagonista se expresaba a través de tres largos monólogos. Si se tratase de una fórmula técnica o de una circunstancia dramática formal, esto tendría relativa o ninguna importancia, pero en realidad el monólogo es el único modo de expresión del protagonista pirandelliano que no sabe resignarse al silencio. Lo que no significa que entre el y los demás sea posible dialogar: lo imposible es entenderse. Tal imposibilidad en el "Enrico IV" es exasperada y dolorosamente escarnecida por la voluntad de un hombre que ha estado loco y una vez sano comprende que no podrá huir de la ficción impuesta por su locura. Sin embargo, apenas la ficción se aleja, la realidad le obsequia con un asesinato que lo devolverá para siempre al trono ficticio de un reino llamado soledad.

Máscaras desnudas, esa fué la idea primordial de todo el teatro de Pirandello. Pero la búsqueda de Costa (como ya sucedió con Seis personajes y "cosí e se vi pare") en "Enrico IV" parece encaminada a lograr la máxima evidencia al contraste, a lo inconciliable que existe entre máscara y máscara. Contra un hombre que sabe (el que finge ser Enrique IV) está el coro de los ignorantes, de las máscaras reunidas por lazos y principios comunes, que creen saber e ignoran, que creen comunicar y no comunican, y que necesitan que alguien muera ante sus ojos para sospechar lo trágico de la propia existencia. Hay en la obra un tercer tipo de máscaras (no muy frecuente en el teatro de Pirandello): la de los siervos, de los mercenarios que actúan los roles de ministros del rey, es decir que secundan a un loco sin haberse dado cuenta de que ha sanado y cuando el se los confiesa se aterrorizan, y al confesar la verdad a sus patrones provocan, sin querer, el homicidio, que obligará a su autor a reasumir la manera cotidiana de la auténtica locura. Tres tipos de máscaras, que Costa no ha vacilado

en diferenciar con tal expresividad que hubiera podido comprometerse, incluso, la unidad de la tragedia, pero, al contrario, la intención resultó clarísima y la grandiosa poeticidad de "Enrico IV" se derivó de la constancia de aquellas tres direcciones paralelas, junto a una aguda inteligencia del verbo, plenamente comprendido por los miembros del Piccolo Teatro.

##